

MI MEJOR REGALO Mateo 2: 1-12

Todos nosotros hemos escuchado desde niños la historia de los *tres reyes magos* que vinieron desde muy lejos buscando al niño Jesús para traerle regalos. Por eso en México, sobre todo en la parte sur del país, los niños esperan ansiosos la llegada de los tres reyes magos para que les traigan regalos a ellos.

Aunque es una historia muy bonita, la verdad es que la Biblia nos cuenta una historia muy diferente; una que va mucho más allá de ser un simple cuento bonito. La Biblia nos enseña lo que en realidad sucedió para que nosotros aprendamos de ella y lo apliquemos a nuestro diario vivir para fortalecer nuestra fe y para dar testimonio al mundo de quien es Cristo en nuestras vidas (2Ti. 3:16).

La verdad es que la Biblia no dice que eran tres; dice “unos”, entonces no son Melchor, Gaspar y Baltasar. No eran magos en el sentido de que hacían magia; la palabra magos se refiere a hombres sabios. No eran reyes sino que pertenecían a una clase sacerdotal que interpretaba sueños, presagios o profecías y pretendían poder anunciar el futuro. Fueron los griegos quienes empezaron a llamar mago a toda persona que adivinara el futuro y que pudiera hacer encantamientos y más o menos se ha mantenido este concepto hasta nuestros días. Bajo este concepto griego de mago encontramos, por ejemplo, a un tal Simón (Hch. 8:9) y a un tal Elimas (Hch. 13:6-8). Entonces no eran tres, ni eran reyes ni eran magos. Pero sí eran unos hombres sabios que nos dan el gran ejemplo del verdadero sentido de la Navidad. Ellos nos enseñan qué es lo que celebramos y cómo debemos celebrarlo.

Estos hombres sabios estudiaban el movimiento de las estrellas y los planetas y los relacionaban con eventos en la tierra; por eso es que iban siguiendo una estrella, que nosotros conocemos como la estrella de Belén; sabían que estaba por ocurrir algo muy importante; sabían que estaba por nacer el Mesías, el Cristo. Muchos creen que conocían las Escrituras Bíblicas tal vez por la influencia de Daniel en el tiempo que estuvo en Babilonia, de donde se cree que vinieron estos hombres sabios. Por eso sabían del nacimiento del Mesías Salvador y siguieron la estrella, seguramente guiados por el Espíritu Santo, porque Dios tenía propósito al

permitir que estos hombres llegaran desde tan lejos para ver al niño Jesús. ¿Qué propósito? Este es precisamente el tema del mensaje de hoy y lo que da sentido a lo que celebramos hoy: la Navidad, palabra que significa Nacimiento.

Aunque le ofrecieron tres clases de regalos, no era su propósito simplemente viajar desde tan lejos sólo para traer presentes; el propósito lo veremos un poco más adelante. Pero es bueno saber que era la costumbre que cuando se visitaba a un rey se le trajeran presentes y estos hombres sabios sabían que el que nacería no sería un niño común; estaba naciendo el Rey de los judíos, como ellos mismos lo identifican (v.2). Y es por esta razón se asustó (turbó) mucho el rey Herodes al enterarse de la visita de estos hombres de Oriente y recibirlos en su palacio (v.3). Los magos no lo venían a visitar a él que era el *rey*, sino a un niño a quien llamaban Rey. Herodes no podía permitir que alguien le quitara el trono y, si fue capaz de matar a su propia esposa y a algunos de sus hijos y personas muy cercanas a él por la mínima sospecha de quererle arrebatarse el trono, cuánto más podía hacer ante la amenaza de un desconocido que lo iría a destronar cuando creciera.

Herodes había mandado a traer a los principales sacerdotes y escribas quienes le confirmaron que, efectivamente, el Profeta Miqueas había anunciado que el Mesías, es decir, el Cristo, nacería en Belén de Judea (vv.4-6). El niño sería entonces el cumplimiento de aquella palabra profética. Por eso el perverso Herodes mandó matar a todos los niños menores de 2 años que había en Belén, en donde había sido informado que nacería el niño-Rey (vv.13-18).

Herodes fingió estar interesado en conocer también a aquel niño que sería Rey y los dejó que siguieran su camino (v.8). Los magos de Oriente se fueron siendo guiados por la estrella que seguramente arrojaba alguna especie de luz sobre el lugar en que estaba el niño y eso los llenó de gozo (v.9). Su búsqueda había terminado con éxito; encontraron al niño Rey. Para ese entonces José, María y Jesús ya no estaban en aquel granero en donde es dieron alojamiento porque el mesón (hotel) y las casas ya estaban ocupadas, ni Jesús estaba ya envuelto en el pesebre (Lc. 2:7).

José y María habían venido desde Nazaret, el norte de Israel, hasta Belén en el sur porque el emperador Augusto Cesar había ordenado un censo (Lc. 2:1), y era mandatorio que la gente se censara en su lugar de

nacimiento. José y María eran de Belén de Judea, en donde también había nacido el rey David 900 años antes. Recordemos que José y María son descendientes de la línea de David de donde vendría el Mesías, es decir, el Cristo. Por eso es que estaba el hotel lleno y todas las casas en donde les podrían haber dado alojamiento también estaban llenas, porque todos los que eran de Belén tenían que venir de todas partes en donde vivieran para censarse.

Cuando nació el niño Jesús fueron visitados por los pastores que relata Lucas (Lc. 2:8-20). Ellos llegaron hasta el granero en donde se encontraba el bebé Rey acostado en un pesebre, que es el recipiente en donde se le da de comer a los animales. Pero cuando llegaron los magos de Oriente José, María y el niño Jesús ya no estaban allí. Ya habrían pasado entre 6 meses y un año y el Apóstol Mateo dice que los magos llegaron a una casa (v.11). Por eso Herodes mandó matar a todos los niños de 2 años para abajo, porque el niño Jesús ya tendría tal vez un año o un poco más. Pero entonces ocurre lo que es el centro de este mensaje.

*“Y al entrar en la casa, vieron al niño con su madre María, **y postrándose, lo adoraron**; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra”*
(v.11).

Los magos tenían claro a qué venían desde tan lejos. No los movió la curiosidad. Ellos querían conocer al Mesías **PARA ADORARLO**. Así se lo habían hecho saber al malvado rey Herodes (v.2), y así lo hicieron en cuanto vieron a aquel hermoso bebé (v.11). Los regalos, más que solamente presentes, en realidad eran símbolos de la vida y ministerio de aquel bebé que hacía poco había nacido. El oro representa su linaje: Jesús es el Rey; el incienso representa su ministerio: Jesús es el Sumo Sacerdote, el aroma grato al Padre; y la mirra representa su propósito: Jesús vino a dar su vida para salvación del mundo que crea en Él y entregue su vida a Él.

Los tres regalos eran sumamente costosos y tenía que ser así; dignos presentes para un Rey, de hecho, el Rey de reyes y Señor de señores. Pero sin duda alguna, el mejor regalo de todos y el que el Señor con toda seguridad debió haber visto con mayor agrado, fue la adoración que recibió.

Adorar significa postrarse y es la señal máxima de humillación ante un rey. Humillarse significa que me someto por completo a la autoridad y a

la voluntad del Rey, que le sirvo sin cuestionamientos ni excusas, que vivo para servirle y agradecerle en todo, que mi mirada y mi corazón nunca se apartan de Él; es decir, Él se convierte en lo más importante de mi vida, en mi prioridad número 1. Los regalos solamente reflejan esa adoración que tengo para Él; son sólo una muestra externa de lo que hay en mi corazón, de lo que Él significa para mí. Así lo entendieron los magos y así lo hicieron. Aunque seguramente ellos no sabrían todo lo que habría de vivir aquel niño ni cómo es que cumpliría su propósito, el Espíritu Santo los guió para llegar hasta Él y llevarle esa clase de regalos. Ese es el trabajo del Espíritu Santo: guiar a los pies de Cristo y nos ayuda para darle a Él lo mejor de nosotros.

Después de que adoraron, el Señor los llevó de regreso a su tierra sanos y salvos (v.12) porque Herodes hubiese sido capaz de torturarlos para obtener la información del lugar en que se encontraba el niño Rey y luego los hubiera matado. También eso hace el Espíritu Santo: nos guía y nos protege.

Conclusión.

Sin duda la temporada Navideña es la más hermosa y tierna del año, no solo por las luces, los adornos, los regalos, la reunión familiar y la cena. La Navidad va mucho más allá de estas simples cosas y por eso es importante. La Navidad es mucho más importante que todas esas cosas.

La Navidad nos recuerda el amor tan grande de Dios que nos envió a su Hijo Unigénito para salvarnos de la condenación por causa del pecado. Nos recuerda que, al nacer el niño Jesús, significaba que Dios mismo se había encarnado en una persona humana, es decir, que Dios mismo había venido a la tierra naciendo en forma humana.

José, María, los magos de Oriente y hasta los pastorcitos que fueron a visitar al niño Jesús al establo en que nació, nos enseñan el verdadero sentido de la Navidad, es decir, lo que celebramos y nos enseñan cómo celebrarlo.

José y María nos enseñaron que ellos esperaron la llegada del Mesías con un espíritu o una actitud de humildad, sencillez, obediencia, valentía y servicio. Los cristianos estamos esperando la llegada del Señor, pero no la del 25 de Diciembre, esa ya ocurrió hace 2,000 años; hoy solo la estamos recordando y refrescando en nosotros el propósito de Dios al

venir a la tierra tomando la forma humana. Pero estamos esperando la Segunda Venida del Señor y, ¿cuál es la actitud que mostramos?, ¿con qué actitud esperamos? José y María nos enseñaron la importancia de escuchar la voz de Dios con un corazón dispuesto y disponible para servir, para dar, sin importar nuestra propia opinión o nuestros propios intereses o gustos, sin cuestionar absolutamente nada, sin poner ningún pretexto, ninguna condición; así tal como lo hicieron ellos, así debemos hacerlo nosotros.

Los magos nos enseñaron que la Navidad se trata del Señor Jesús, no de nosotros. Por eso se creó la figura de Santa Claus para enseñar que la Navidad se trata de regalos, fiestas, luces y adornos, es decir, que se trata de nosotros, de divertirnos nosotros. José, María, los magos de Oriente y los pastorcitos nos hacen voltear de nuevo hacia lo que es el centro de la Navidad: el Señor Jesús.

Los magos de Oriente nos enseñan que el sentido de la Navidad es **adorar al Señor Jesús**. Nos enseñan que todo se centra en Él y ya hemos aprendido lo que significa adorar, que es la señal máxima de humillación ante un rey; y que humillarse significa que me someto por completo a la autoridad y a la voluntad del Rey, que le sirvo sin cuestionamientos ni excusas, que vivo para servirle y agradecerle en todo, que mi mirada y mi corazón nunca se aparta de Él; es decir, Él se convierte en lo más importante de mi vida, en mi prioridad número 1. Es el Señor Jesús y las cosas que tienen qué ver con Él, nuestra prioridad número 1?

Los magos de Oriente vinieron de lejos hasta la casa del Señor para adorarlo. Y nosotros, ¿es la distancia una excusa para no adorar al Señor? En el camino seguramente sintieron el fuerte calor del día y el cruel frío de la noche porque atravesaron un desierto desde Babilonia para llegar hasta Belén. ¿Es el clima una excusa para no venir a adorar? A pesar de la distancia, el clima y los obstáculos que se pudieron haber encontrado en el camino, los magos de Oriente se mantuvieron firmes porque tenían un solo objetivo en la mira: **llegar para ADORAR** al Rey que había nacido. ¿Nosotros también tenemos ese firme objetivo al venir aquí?

Los magos de Oriente no se doblegaron ante una figura de mucha autoridad como era el rey Herodes ni se dejaron impresionar por él, pero sí se humillaron ante un niño en quien estaban centradas todas las



esperanzas de la humanidad. Ante ese niño sí valía humillarse por completo para adorarle. ¿Nos humillamos de verdad ante su presencia?

Que esta sea la actitud que presentemos no solo en la temporada Navideña, ni en el año 2018. Que sea la actitud que mostramos durante todos los días de nuestra vida. Entonces le estaremos dando nuestro mejor regalo al Señor Jesús: Nuestra adoración que se refleja en un espíritu de humildad, sencillez, obediencia, valentía y servicio sin poner pretexto y sin cuestionar nada. Ese es el mejor regalo que le podemos ofrecer al Señor y mi oración es que lo podamos poner no en el pesebre, sino en su trono el día de hoy. ¿Se compromete a hacerlo hoy? Amén... Vamos a orar...